

las mascararas de maría

La casa siempre estaba impecable, todo siempre en su lugar. Jamás una lámpara quemada, un desayuno, comida o cena incompleta. Nunca la ropa mal planchada, o alguna toalla mal doblada. Se esposo e hijos, jamás se podrían haber quejado, ya que María May Manrique era una excelente, la mejor, ama de casa. Y no solo eso, en las reuniones de padres de familia en el colegio, era la más colaboradora, la más entusiasta, la más participativa.

La verdad, no le resultaba difícil. Bastaba con sacarse la máscara de “Ama de Casa” y colocarse la de “Apoderado ejemplar”... o la de “esposa abnegada” cuando su marido invitaba al jefe a cenar... o la máscara de “amante complaciente” cuando él, andaba juguetón. La mascara de “Jefe” con aire de superioridad, cuando estaba ante sus subalternos. La máscara de “mujer realizada y feliz” cuando se encontraba con sus amigas de la infancia.

Era muy sencillo. Además, práctica no le faltaba. Aún recordaba aquella época en que aún vivía con sus padres, cuando usaba la mascara de hija obediente, o de alumna disciplinada, o “chica alocada” para las fiestas.

Pero por alguna extraña razón, las remembranzas cruzaron el borde y empezó a recordar la otra época, la anterior, cuando no usaba máscaras, cuando ella era ella, feliz, sencilla, alegre, sin preocupaciones, sin tener que complacer a nadie, más que a ella.

Miró con tristeza su cartera. Un bolso grande y marrón donde guardaba todas sus máscaras y de la que nunca se desprendía.

Esta era la parte complicada. Cargar con esta inmensa cartera que cada vez se le hacía más y más pesada.

Y los años no pasan en vano, con el tiempo le había empezado un punzante dolor en la espalda.

Así que decidió parar. Dejar la cartera atrás. Recuperar su vida libre de este peso. Caminar sin equipaje, sin carga.

Decidida, llegó a su casa, se encerró en el baño y una a una, se quitó y botó a la basura todas y cada una de sus máscaras.

Aliviada, orgullosa se miró en el espejo.

María May Manrique, apenas alcanzó a ahogar un doloroso quejido, cuando vio su reflejo... una sonriente, pálida, inerte, y descarnada calavera.